

ballo de silla que se llama Mustafá, una pequeña barca para pasear por el Sena, todo lo que hay dentro la casa y un crédito de veinticinco mil francos en casa de Worth, todo es suyo. Me creí en el Chalet viendo representar un cuento de hadas.

—Y puesto que, continuó el conde, está usted en su casa, ruego á usted, señorita, dé sus órdenes. Todos la obedecerán incluso yo.

—Pues entonces, caballero, abráceme usted!

## VI

## La vida claustral

La comida no fué mágica, pero sí admirablemente servida.

Ensayé penetrar en todo aquel misterio; pero el conde respondiome siempre con ingeniosidades. Divertíase con mi sorpresa y mi curiosidad no diciéndome más que lo que le convenía decirme.

Por la tarde condújome á la barca. Pero como el tiempo continuaba siendo desagradable, no quise dar paseos sobre el agua. Regresamos al jardín y continuamos paseando á pesar de la lluvia.

—Todo esto, dije al conde, por dejar mi paraguas á Eugenia.

—Tal vez ella quisiera devolverlo, me contestó sonriendo.

Y no volvió á hablar del asunto.

Al día siguiente dejome muy temprano.

—Quisiera, dejar á usted mi caballo y mi coche, pero no subo jamás á un *ómnibus*. Si

usted sabe montar á caballo, monte á Mustafá y dé un paseo por el Bosque; si no sabe usted puede pasear por las próximas alamedas. Es un animal muy inteligente y dócil que no se encabrita aunque se le excite; en el tocador hallará usted un traje de amazona que quizá le esté bien.

Y sonrióse como si pensara en la que la había vestido antes que yo.

Muy niña era cuando montaba á caballo con mi hermano, después no monté más; pero no tenía miedo, así es que el mismo día me aventuré sobre Mustafá por las alamedas del parque Neuilly.

—¿Cuándo volverá usted? pregunté al conde.

—No me espere usted nunca, respondió; tal vez hoy mismo, tal vez dentro de ocho días...

No me pareció esto muy alegre, pero no tenía tiempo para reflexionar. Precisaba acomodarme á la nueva existencia; por otra parte me sostenía una inmensa curiosidad.

¡Y además había escrito ya á Worth!

A los tres días fuí completamente metamorfoseada hasta el punto de no conocerme.

Quando tuve una amazona hecha para mí, fuí al Bosque de Bolonia montando á Mustafá.

Allí pude ver al conde, que se paseaba á pie con Khalil-Bey y M. Auber, el director de la Opera. Hízome un pequeño gesto indicándome que aquel día nos veríamos.

Vino á cenar con Khalil-Bey, y después de la comida nos fuimos á Variedades para

ver á la señorita Schneider. Durante un entreacto atrevíme á interrogar á la mujer que abrió el palco, preguntándole si conocía al conde.

—Sí y no, me dijo, es un ruso cuyo nombre lo sé pronunciar nunca.

A media noche el conde fué á buscarnos y durante tres días no se separó de mi lado. Hízome mil cumplimientos por mis vestidos y sobre todo por mi buen gusto. Como me oyeron cantar tocando el piano, me propuso hacerme contratar en un teatro serio.

—A propósito, me dijo, ¿no siente usted haber dejado el Conservatorio?

—No, ¡á Dios gracias! le respondí, no he nacido para bailarina.

Transcurrieron tres meses en aquella vida casi conventual.

Venia el conde cuando se le antojaba y nos paseábamos por el río ó por el jardín; leíamos también mucho. Apenas iba á París una vez por semana y únicamente al teatro.

Gustábame montar y aunque tomé cariño á mi caballo, no todos los días iba al Bosque. Una pereza invencible me dominaba de pies á cabeza.

Vivía horizontalmente.

Pensaba muchísimo en mi madre, había escrito pero no me contestó.

Una sola vez vino mi hermana á verme y me contó la indignación y la pena de mamá.

Existen hijas que hacen poco caso ó ninguno de su madre: yo jamás pude olvidar-

la. Y si lo pretendí alguna vez, el semblante de mi madre se me aparecía grave y triste como diciéndome: «¿qué has hecho de tí?»

## VII

### ¿Qué es la felicidad?

El conde era un original de alto vuelo, me fué imposible saber su nombre. Todos le llamaban *el señor conde* ó *mi querido conde*: naturalmente no me atrevía á interrogar á sus escasos amigos, y no quería ni me parecía bien sobornar á sus criados. Estos permanecían silenciosos y discretos conformándose con el carácter del conde.

Únicamente la señorita Antoniette, mitad cocinera mitad intendenta, tenía sus horas de expansión.

Según sus frases, el conde pasábase la vida haciendo la felicidad de algunas jóvenes y jactábase de conocer sus costumbres; si él no venía todos los días, era porque tenía otras pensionistas como yo.

—Está algo loco, añadía. Mientras vea á la señorita contenta, será dichoso; pero si la viese triste, se acabó, ya no volvería más, ni sabría la señorita nada más de él ni resto siquiera.

—¿Y de usted? dije á Antoniette.

—¿Yo? Conozco sus deseos, iría á encontrarle á París y tal vez volvería á empezar con otra.

—¿Entonces el conde no es dichoso?

—No, tiene mucho dinero, pero muchas